

Pr. J. Kleppe
Lectura: Mateo 15:1-28

Salterios:

Primero: 120:1-4

Segundo: 150:1-4

Tercero: 170:1-3

Cuarto: 88:1-3

Último: 248:1-5

Texto: Mateo 15:21-28 (26-28)

“Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.”

Tema: La oración contestada de la mujer cananea

1. La prueba de su fe
2. Su oración de fe
3. Su victoria a través de la fe

Primer pensamiento. La prueba de su fe.

Querida congregación,

En Salmo 65:2, el salterio que acabamos de cantar, leemos lo siguiente:

“Tú oyes la oración; A ti vendrá toda carne.”

El Señor no es solamente un oyente de la oración; Es también el Todopoderoso, El que contesta la oración. Sus ojos que todo lo ven están mirando siempre toda su creación y a todos los hombres. Él ve todo el sufrimiento y tristeza, no solamente en cuanto al cuerpo, sino también en cuanto al alma. Podemos siempre entregar todo en sus manos paternas.

Por oscuro que sea el camino de Dios para nuestra vida, Él mira con favor a los que le temen. Y Él no solamente oye la oración de su pueblo, sino que la considera y la responde, no siempre en nuestro tiempo, sino en el Suyo, que es siempre el mejor tiempo. Los caminos de Dios son mucho más altos que nuestros caminos, y sus pensamientos más que nuestros pensamientos.

Esta mujer cananea también experimentó que el tiempo de Dios es el mejor tiempo. Acabamos de leerlo en la Palabra de Dios.

Aquí también leímos como los fariseos y escribas de Jerusalén discutieron con el Señor Jesucristo. Ellos con toda su piedad legalista buscaban entrada al cielo, pero eran enemigos de Jesucristo, enemigos del Hijo de Dios. No querían ser salvos como pecadores impíos y perdidos quienes solamente pueden ser salvos por la gracia de Dios. El apóstol Juan testificó de esto también en el primer capítulo de su evangelio, los versículos 11 y 12:

“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.”

Ahora leemos en la Palabra de Dios, en el principio de los versículos que estamos considerando, el 21:

“Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.”

Saliendo Jesús de allí... Él dio la espalda a los fariseos y escribas.

Tiro y Sidón eran ciudades paganas. Ahí la gente no servía al Señor, tampoco lo conoció. Sus ojos y corazones estaban todavía cerrados para el conocimiento del Dios del cielo y de la tierra. Pero en esta región había una mujer pobre y necesitada que clamó al Señor, y a quien le oyó el Señor para librarla de todas sus angustias.

Esta mujer era un gentil, una mujer cananea. Sin embargo, era una de las ovejas del Gran Pastor. El Señor Jesucristo había dicho en Juan 10:16

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.”

Y ahora, miren, ahí viene esta mujer cananea, esta gentil que era parte de las ovejas de Jesús, aunque no del mismo redil de Israel. Marcos dice que ella vino y se postró a los pies del Señor Jesucristo. Esta mujer que no crecía con el pueblo de Dios ahora da adoración al Hijo de Dios.

Esta señora era una madre, con un corazón de una madre. Como muchas madres, ella conocía la pena. Tenía mucha pena en su vida. Ahora en este caso se trata de su hija, porque leemos lo que dijo *“mi hija es gravemente atormentada por un demonio.”*

En esa época cuando el Señor caminaba por la tierra vemos esta aflicción muchas veces; el diablo, el príncipe de las tinieblas tenía mucho poder de afligir a diversas personas. A uno él lo

echó al fuego, a otro les hizo pensar perversos e impíos pensamientos, a otras les causó decir blasfemias y maldiciones. Otros vivían entre las tumbas, hiriéndose con piedras. El diablo afligía a muchos y su poder era bien manifestado.

Esta hija de la mujer cananea estaba indefensa ante los ataques del diablo. Una tristeza grande en su familia, un gran dolor de corazón. La madre lo dijo “Ella es gravemente atormentada” -no solamente un poco, sino *gravemente*. Era un caso desesperado.

Cuan doloroso esta experiencia debería haber sido para esta mamá. Aunque era pagana, era también una madre con un corazón de una madre. Especialmente para la madre es difícil ver el sufrimiento de los hijos, y estar sin poder de aliviarlo. Seguramente había intentado todo para curar a su hija y liberarla de este demonio, pero fue todo en vano.

Vemos que la mujer ha llegado al fin. En ninguna parte podía encontrar alivio; nadie le podía ayudar. Y, sin embargo, tiene una sola esperanza que queda. Esa esperanza se aferra en el Gran Médico. Su única esperanza ahora es el Señor Jesucristo.

Ella había escuchado de Jesucristo, porque su fama se difundió por todo lado. Ella había escuchado de los milagros que había hecho el Señor Jesús. Había escuchado que este Jesús tenía poder milagroso, que podía hacer cualquier cosa, que no solamente sanó a los enfermos, sino que también echó fuera a los demonios. Ella había escuchado que Él estaba dispuesto siempre ayudar, que era alguien realmente bondadoso y compasivo.

Observen ahora lo que hace esta mujer cananea. Ella va buscando al Señor Jesucristo. Y el Señor la está buscando porque está viniendo a su región. Y una vez que lo encuentra ella empieza a clamar a Él diciendo:

“Señor, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.”

¡Que grande fe tenía esta mujer cananea, este gentil! Ella dijo, “Señor, ¡Hijo de David!” -quiere decir “Hijo de Dios, Mesías prometido que iba a venir a este mundo. Yo creo que eres el Mesías, que eres el Hijo de Dios.” “Señor, ¡ten misericordia de mí!”

Ella no le ruega, “Señor, que sanes a mi hija”. Más bien pide misericordia para sí misma. La miseria de su hija se había convertido en su miseria, ella se había visto su propia culpa reflejada en los pecados de su hija. Ella pide misericordia, la gracia inmerecida de Dios.

Decimos gracia inmerecida porque lo que Dios concede a su pueblo es el opuesto de lo que merecen. Hemos merecido nada menos que destrucción eterna por nuestro corazón malvado y

nuestro pecado. Satanás ha entrado en nuestras vidas, no somos mejores que la muchacha endemoniada, porque también surgen en nuestros corazones pensamientos diabólicos, pensamientos pecaminosos.

Es muy fácil para nosotros dar voces a palabras malas y tener envidia, odio, y enojo en el corazón. Como nacemos somos hijos del diablo, sujetos a él, haciendo su obra. Somos, queridos oyentes, somos perdidos.

Por esta razón nosotros necesitamos también venir a Jesús pidiendo misericordia y gracia. Que Él nos mire en nuestra condición perdida y miserable con compasión para ayudarnos. Nos es necesario que Él nos dé un corazón que empiece a amarlo y desear servirle.

La mujer cananea vino a Jesucristo sin derechos. Ella no mereció su misericordia, y no había en ella razón por la cual el Señor le extendería su favor. Sin embargo, Salmo 145:18-19

“Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que le temen; Oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.”

Él no solamente oye, sino también salva, respondiendo a ellos en su bondad. Sin embargo, Él siempre lo hace en su propio tiempo. Y este tiempo es un tiempo en que Él prueba a sus hijos. Esto vemos también en esta historia, que el Señor prueba a su pueblo, y también a esta mujer.

Ella viene a Jesucristo pidiendo su misericordia, pero parece que tendrá que volver a su casa más decepcionada, miserable, y sin esperanza que nunca. Porque leemos en vs 23 que Jesús no le respondió palabra. Él la ignoró y actuó como si no la hubiera notado.

Congregación, una gran decepción para la mujer. Pero ¿en que resulta? ¿Vuelve ella a casa diciendo, “No me escucha; no hay esperanza para nosotros”? ¡No! Ella sigue clamando, aún más fuerte al parecer.

Porque los discípulos le dicen a Jesús “Despídela, pues da voces tras nosotros.” Quiere decir, “Ella sigue clamando y no deja de hacerlo”. “Señor, no la ignoras, si no la vas a ayudar, despídela por favor.” Sin interrupción ella clama tras Él, “Señor, necesito tu ayuda. No puedo vivir sin tu misericordia. Ayúdame Señor, Hijo de David, Mesías prometido.” Pero no le respondió palabra.

¿Hay aquí en nuestro medio un señor o señora, un niño o joven que lo dice también? “He clamado a Dios tanto tiempo, pero parece que el cielo está cerrado para mis oraciones. He clamado tras ti tanto tiempo, y no me respondes. Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel.” Salmo 25:16-18

“Mírame, y ten misericordia de mí, Porque estoy solo y afligido. Las angustias de mi corazón se han aumentado; Sácame de mis congojas. Mira mi aflicción y mi trabajo, Y perdona todos mis pecados.”

Bueno, entonces esta historia está recordada aquí para animarlos. Es un ánimo de Dios para cada verdadero suplicante, cuyo deseo y necesidad es Dios. Congregación, cuando la necesidad se convierte en desesperación, la liberación está cerca. Entonces el Señor da su gracia, como en el corazón de esta mujer.

La mujer sigue clamando, y el Señor queda silencioso. Sin embargo, Él la oye, aunque no responde. Así es, hermanos. El Señor oye las almas que a Él claman, aunque no da respuesta inmediata. En su tiempo Él hace maravillas.

Parece que la está alejando, pero en realidad está atrayéndola más y más a sí mismo con los lazos de divino amor. Él está aumentando la necesidad en su corazón de Él, y aumentando sus oraciones.

Así el Señor trata con su pueblo. La realidad es que no pueden alejarse de Él, y así la oración no respondida se va convirtiendo más y más en una extremidad. Estar así sin el consuelo de Dios es doloroso para ellos, porque si no lo tienen a Él, no tienen nada. Sin embargo, siguen clamando, porque mejor es parecer a sus pies que volver a casa. Así con esta mujer. Salmo 81:7

“En la calamidad clamaste, y yo te libré”.

Nuestro segundo pensamiento. Su oración de fe.

Aquí está parada la mujer cananea, tan miserable que antes. ¿Qué le hubiera dicho Satanás? “Mujer, vuelve a tu casa. Seguramente notas que no te está respondiendo. Eres pecadora, Él no te hace caso.”

Pero esto no puede hacer ella. Preferiría perecer a sus pies que volver. Porque si ella se va, entonces se perdería para ella y también para su hija. Entonces sería demasiado tarde, para siempre. Hay ayuda en solamente Uno, en Jesucristo.

No, ella sigue clamando tras Él, “Hijo de David, Ten misericordia de mí.”

De otros hombres ella no tiene esperanza, ni aun de los siervos de Dios. Ellos aún son un obstáculo para ella, porque leemos su petición al Señor Jesús en vs 23:

“Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros.”

Ella tiene que aprender levantar los ojos encima de todas las circunstancias, de ella misma, de todos los siervos de Dios, para mirar solamente a Jesús. Hombres no le pueden ayudar con esta necesidad.

Ahora el Señor empieza a hablar con ella. Esto debe ocurrir, porque la necesidad viene de Dios, y donde Dios empieza Él también sigue. Esto declaró el apóstol en Filipenses 1:6

“el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Pero escuchen ahora lo que Jesús le dice, vs 24

“Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.”

¡Que terrible palabra para ella! Entonces Jesús no es enviado para ella. Entonces no la ayudaría. Dijo solamente a la casa de Israel, pero ella no pertenece a Israel pues es cananea. El Señor la puso afuera.

Así obra el Señor en las vidas de sus hijos. Cuando el Señor empieza la buena obra en nuestro corazón, convirtiéndonos a Él, entonces no nos convertimos inmediatamente en personas felices y contentas. Más bien vemos nuestros pecados prevaleciendo contra nosotros, y nos convertimos en personas que lloran. Vemos salvación para otros, pero no para nosotros mismos, para pecadores tan perdidos y pobres. Se convierte en nuestra necesidad principal:

“oh, mis pecados. Son tantos y por ellos hay una separación entre yo y Dios. ¿Cómo podría ser yo reconciliado con Dios?”

Sin embargo, ¿Qué hacen estas personas? ¿Ellos se dan por vencidos? ¿Vuelven a casa? ¿Qué hace la mujer? Ella lo escuchó de la boca del Señor: Es un gentil. Jesús no vino para ella. ¿Va a volver a casa?

No. Ella no puede. Hay algunos que se quejan de Dios. Pueden decir: Sí, yo he orado tanto. He clamado tantas veces y me respondió.” Ellos culpan a Dios. Estas personas no saben que es una verdadera necesidad en el alma como el Señor la obra en las vidas de su pueblo.

Cuando hay una necesidad, una carga puesta por Dios ahí, hay solamente una solución. Esta persona sigue tras Dios clamando, y no lo puede dejar ir. Necesita una palabra de paz de Dios.

Ahora esta mujer cae a los pies de Jesucristo. Ella ya no puede orar, cuanto mayor se vuelve nuestra necesidad, más corta se vuelve nuestra oración. No hay mucha palabrería en esos casos. Esta necesidad se puede expresar en pocas palabras. Solamente usa dos palabras para expresarlo:

“Señor, socórreme.”

Y, ¿Qué hace el Señor ahora? ¡Ciertamente inmediatamente le dirá una respuesta para que vuelva a su casa con gozo! ¡Tan necesitada y pobre ante Él! No. Una vez más va a probar su fe. La fe es una gracia que el Señor siempre prueba. Siempre prueba y así refina su propia obra. (Lee 1 Pedro 1:6-7).

Una vez más el Señor va a probar la fe, para que después ella lo glorifique a lo alto. Escuchen, una vez más Él le habla:

“No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos.”

Esta es una respuesta difícil. Con tanta esperanza ella lo ha mirado, pero ahora con estas palabras Él la pone completamente afuera. Ella es una pagana, comparada con un perro. Un perro era una bestia impía, no podía comer el pan de los hijos.

¿Qué hace ahora la mujer? ¿Se vuelve enojada y culpar al Señor por permitirle nacer de padres paganos? ¿le dice que no es su culpa que su origen es maldito?

No, no lo dice. Porque hay gracia en su corazón y la gracia le enseña a alguien inclinarse ante el Señor en todo. La gracia le enseña al pueblo de Dios que están sin derechos, no mejores que perros, son malditos, no hay ninguna razón en ellos por la cual Dios debería mirarlos con su favor. Gracia dice “Sí Señor. Esto he merecido -que nunca me mirarías a mí.” Y así esta mujer también responde, en vs 27

“Y ella dijo: Sí, Señor.”

Esta mujer está de acuerdo con lo que el Señor le declara. Es un perro, es indigno de la gracia de Dios. No merece nada. Soy pagana. Soy gentil. Estoy bajo maldición porque he pecado contra tu Ley. He hecho lo malo delante de tus ojos, y por lo tanto merezco solamente tu ira.

Esta es el fruto de gracia. Ella se inclina ante Dios, de acuerdo con el juicio que ha merecido. Sin embargo, ella también dice “Pero”. ¡Pero! Esto es la fe preciosa. Se aferra a Dios en amor. Dice, “A pesar de que he merecido solamente tu ira, sin embargo, Señor, si te pierdo, pierdo todo.” Por eso ella dice:

“Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.”

Ella se aferra a Jesús y se pone completamente en sus manos. Ella se arroja en los brazos de Dios, ya sea que reciba la gracia o no. Todo lo que Dios hace es bueno a su vista. Ella solo merece castigo, y no hay nada más a perder. Solo dice,

“No puedo estar sin ti. ¿Me podrías dar solo una migaja de tu gracia? ¡Esa será suficiente! No tengo derecho de estar a la mesa de tus hijos, lo reconozco y acepto. Sin embargo, Señor, que una migaja caiga para mí. Una pequeña porción de tu gracia, una pequeña muestra de tu amor y favor. ¡Eso sería suficiente, Señor!”

¿Hay tales personas aquí, personas miserables que piden solamente una migaja de la gracia de Dios? ¿Personas que se sienten indignas de aún eso, sin embargo, desean una pequeña muestra del favor de Dios? El Salmista en Salmo 69:32 dijo que los corazones vivirán de aquellos que buscan a Dios. Porque esto vemos aquí, el Señor le dijo:

“Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.”

Nuestro tercer pensamiento. Su victoria a través de la fe. **Primeramente, cantamos:** S. 88:1-3.

“¡Oh mujer, grande es tu fe!”

Ella recibió una respuesta. Un gozo celestial llena su corazón. Qué maravilla para esta mujer. No lo había esperado. No se atrevía esperarlo. Ella se había puesto afuera, los hombres la habían puesto afuera, aún Jesús la probó, diciendo que no vino sino para las ovejas perdidas de Israel. Pero ahora el Señor la incluye en el pueblo bendito, el Señor la pone adentro:

“¡Oh mujer, grande es tu fe!”

¿Por qué era esta fe tan grande, tan maravillosa? ¿Por qué ella creía que era algo? No. Ella tenía pensamientos bajos de sí misma. Ella creía que era nada, pecadora nada más, culpable, pequeña.

Sin embargo, a pesar de todo ello, ¡ella tenía grandes pensamientos de Él! Su fe era grande porque estimaba tanto a Aquel quien, siendo rico, por amor a personas como ella se hizo pobre. Ella tenía un ojo para ver cuan profundo era el amor de Jesucristo, y cuan grande su misericordia.

Tenía pensamientos altos de Aquel que dijo “Las zorras tienen guías, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.” Amaba a Aquel que quería ser visto entre publicanos y pecadores, de Aquel que vino para llevar los pecados de muchos pecadores y sufrir en amor por ellos en la cruz. De aquel que sufrió innumerables afrentas, para que nosotros no fuéramos afrentados, de aquel que fue condenado a muerte para que nosotros fuésemos absueltos ante el tribunal de Dios.

Ella tenía una *estimación alta* de Cristo, y pequeña de sí misma. Esta es tener una grande fe. Se ve en la historia que fue probada duramente, y venció.

Una pregunta antes de que volvamos a nuestras casas. ¿Hemos aprendido también algo de esto en nuestra vida? ¿Reconocemos lo que es tener una fe no en algo en nosotros, sino fuera de nosotros en el Hijo de Dios? ¿Hemos aprendido la oración de esta mujer cananea?

“Señor, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! ¡Señor, socórreme!”

¿Nos hemos convertido en un gentil, un pagano, en nuestra propia estimación, ante Dios?

Es algo muy sencillo, congregación. Llevamos por naturaleza un corazón malvado e impío. Debemos recibir lo mismo: un nuevo corazón, un nuevo nacimiento. Debemos ser convertidos a Dios por su Espíritu Santo. Debemos empezar clamar a Dios “¡Señor, socórreme! Porque como vivo ahora, no puedo morir. No puedo encontrarme ante ti en la misma manera en que nací.”

Porque, congregación, si llegamos ante Dios como hemos nacido, Dios no será nuestro Padre, sino nuestro Juez. Entonces estaremos ante Él y todo el pecado de esta vida testificará contra nosotros, porque todo está escrito en sus libros.

Por lo tanto, necesitamos un nuevo corazón y reconciliación por la sangre del Señor Jesús. ¡Pero todavía vivimos en este tiempo de gracia, aun no es demasiado tarde para nosotros!

¡Oh, entonces clamen a Él! “Señor, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! ¡Señor, socórreme!” Porque si debemos estar separados de Él, perdimos todo. Porque alma perdida, todo perdido. Él aún vive, querida congregación. Vive ayer, hoy, y para los siglos. Y Él prometió “Y al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). Oh, ¡entonces vengan a Él!

Que palabra consoladora para el pueblo de Dios. Él tiene su propósito en la aflicción, está refinando su fe para que brille más clara. Un día, pronto, no habrá más prueba ni aflicción. Pronto entrarán en el gozo de su Señor, en la morada no hecha de manos, eterna, en los cielos.

Ahí para siempre lo verán con sus propios ojos, sus oídos siempre lo oirán. No habrá más tinieblas ni llanto, las cosas viejas pasarán. Su boca para siempre lo adorará, cantando de su fidelidad y gloria. Se sentarán en la cena de las bodas del Cordero.

Ahí no necesitarán estar satisfechos con las migajas que caen de la mesa del amo, porque ahí estarán satisfechos con la plenitud de Él.

¡Ahí sus ojos verán al Rey en su hermosura! Estarán ante el trono de Dios y del Cordero vestidos de ropas blancas, lavadas en la sangre preciosa del Señor Jesucristo. Sus bocas ahí cantarán el cántico de Moisés, y el cántico del Cordero.

Tendrán una corona, la cual echarán delante del trono a sus pies benditos, diciendo: *“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder”*.

Lo harán para toda la eternidad.

Amen. Último Salterio. 248:1-5